

Ciudad de Conocimiento

Cerré los ojos. Apenas tardé en abrirlos medio segundo, pero todo había cambiado a mi alrededor. Antes me rodeaban unos pocos árboles, ahora estos parecían luchar entre ellos, en un ascenso vertiginoso, buscando la luz del sol. Pero en este momento la única luz que llegaba hasta el suelo era la de la luna, llena, más grande que nunca. Más majestuosa que nunca.

Una luz distinta se colaba entre toda esa naturaleza asfixiante, y me abrí paso hasta llegar a un claro. Seguía en el mismo lugar que antes, el Parque de las Ciencias.

En el centro del claro había una hoguera. Al oír unos gritos, me giré, y allí estaba, como esperaba, mi facultad. Las enredaderas la habían cubierto casi por completo, pero no habían llegado a tapar las dos cúpulas, y solo por eso podía reconocerse.

Una multitud salía del edificio. Cargaban libros en sus brazos. Al oír más gritos detrás de mí, vi que más gente venía de otras direcciones, también cargados de libros. Libros de matemáticas, química, física, enormes atlas de anatomía, tratados de derecho...

Tiraron todos aquellos libros a la hoguera, cuyas llamas se avivaron, elevándose hacia la Luna.

Aquello me desconcertó. ¿Pretendían quemar todos los libros de la Ciudad Universitaria? ¿Qué sentido tenía aquello? Al fijarme mejor, me di cuenta de que aquellos libros no estaban quemándose. Las llamas los lamían, parecían alimentarse de ellos, pero no los quemaban. De pronto, las llamas cambiaron. Contemplé asustado como el color de las llamas se aclaraba, hasta convertirse en unas llamas cenicientas, grises y blancas, iguales a la Luna que brillaba en el cielo.

Me invadió un pavor inexplicable. De pronto estaba huyendo a lo largo de la Avenida Complutense, apenas reconocible. Así, llegué a la entrada del metro, taponada por aquella vegetación imparable, devoradora.

Miré a mis pies y vi libros tirados en el suelo, como si se les hubieran caído al correr a los pirómanos. Aquellos libros estaban intactos, a pesar de la humedad del ambiente. De pronto me di cuenta de algo, y todo el peso de aquellos libros pareció pasar a mis hombros. Caí de rodillas por el peso, y cuando no pude soportarlo más, grité.

Abrí los ojos. Estaba tumbado en el parque. Muy agitado, y aún intentando comprender qué había significado aquel sueño, me levanté y volví a la facultad, con mi mochila cargada de conocimiento.